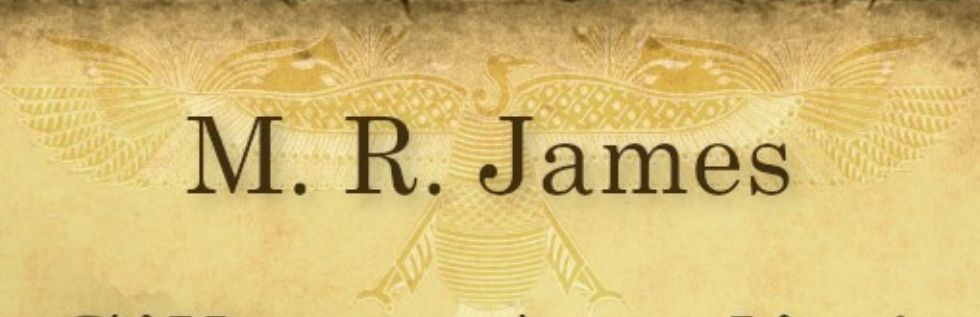


M. R. James

Silba y Acudiré



E LEJANDRIA



M. R. James

Silba y Acudiré



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

SILBA Y ACUDIRÉ

M. R. JAMES

PUBLICADO: 1904
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

Silba y acudiré

1. [Silba y acudiré](#)

SILBA Y ACUDIRÉ

—Supongo que te marcharás pronto, ahora que ha terminado el trimestre, profesor —dijo al catedrático de Ontografía una persona ajena al relato, poco después de que se hubieran sentado el uno junto al otro en un banquete celebrado en el hospitalario salón de St. James's College.

El catedrático era joven, pulcro y preciso al hablar.

—Sí —dijo—; mis amigos me han obligado a darle al golf este trimestre, y pienso ir a la costa este (a Burnstow, concretamente; supongo que la conoces) una semana o diez días, para mejorar mi juego. Espero poder salir mañana.

—Oye, Parkins —dijo su vecino del otro lado—, si vas a Burnstow, me gustaría que echaras un vistazo al emplazamiento de la encomienda templaria, y me dijeras si crees que valdría la pena hacer allí una excavación en verano.

Quien esto decía era, como cabe suponer, una persona de aficiones anticuarias; pero, dado que solo aparece en este prólogo, no hay necesidad de consignar sus títulos.

—Desde luego —dijo Parkins, el catedrático—; si me describes por dónde cae el lugar, haré cuanto pueda por darte una idea de la disposición del terreno cuando vuelva; o podría escribirte sobre ello, si me dices dónde es probable que estés.

—No te molestes, gracias. Es solo que pienso llevar a mi familia por esa zona durante las vacaciones de verano, y se me ocurrió que, como muy pocas de las encomiendas inglesas se han levantado nunca en plano como es debido, quizá tuviera ocasión de hacer algo útil en los días libres.

El catedrático torció un poco el gesto ante la idea de que levantar el plano de una encomienda pudiera calificarse de útil. Su vecino prosiguió:

—El emplazamiento (dudo que quede nada a la vista sobre el terreno) debe de estar ahora muy cerca de la playa. El mar ha avanzado tremendamente, como sabes, por todo ese trecho de costa. Yo diría, a juzgar por el mapa, que está a unos tres cuartos de milla de la posada del Globo, en el extremo norte del pueblo. ¿Dónde vas a alojarte?

—Pues en la posada del Globo, precisamente —dijo Parkins—; he reservado una habitación allí. No conseguí sitio en ningún otro lado; al parecer, la mayoría de las casas de huéspedes cierran en invierno; y, tal como están las cosas, me dicen que la única habitación de cierto tamaño que pueden darme es en realidad una de dos camas, y que no tienen un rincón donde guardar la otra, etcétera. Pero necesito una habitación bastante grande, pues me llevo algunos libros y pienso trabajar un poco; y, aunque no me hace mucha gracia tener una cama vacía —por no hablar de dos— en lo que de momento llamaré mi estudio, supongo que podré apañármelas durante el poco tiempo que estaré allí.

—¿Y a eso de tener una cama de más en el cuarto lo llamas apañártelas, Parkins? —dijo un sujeto campechano sentado enfrente—. Mira, voy a bajar a ocuparla una temporada; así te haré compañía.

El catedrático se estremeció, pero logró reír de manera cortés.

—Faltaría más, Rogers; nada me gustaría más. Pero me temo que te resultaría bastante aburrido; tú no juegas al golf, ¿verdad?

—¡No, gracias a Dios! —dijo el grosero Mr. Rogers.

—Pues verás, cuando no esté escribiendo lo más probable es que ande por el campo de golf, y eso, como digo, te resultaría más bien aburrido, me temo.

—¡Bah, no sé! Seguro que hay alguien conocido por ahí; pero, por supuesto, si no me quieres contigo, dilo y ya está, Parkins; no me ofenderé. La verdad, como siempre nos dices, nunca ofende.

Parkins era, en efecto, escrupulosamente cortés y rigurosamente veraz. Es de temer que Mr. Rogers se aprovechara a veces de su conocimiento de estos rasgos. En el pecho de Parkins se libraba ahora una lucha que durante uno o dos instantes no le permitió responder. Pasado ese intervalo, dijo:

—Bueno, si quieres la verdad exacta, Rogers, estaba considerando si la habitación de la que hablo sería de veras lo bastante grande para acomodarnos a los dos con holgura; y también si (ojo, no lo habría dicho de no haberme insistido) no constituirías una especie de estorbo para mi trabajo.

Rogers soltó una sonora carcajada.

—¡Bien dicho, Parkins! —exclamó—. No pasa nada. Prometo no interrumpir tu trabajo; no te preocupes por eso. No, no iré si no me quieres allí; pero pensé que vendría de perlas para mantener a raya a los fantasmas.

Aquí podría habersele visto guiñar un ojo y dar un codazo a su vecino. También podría habersele visto a Parkins ponerse colorado.

—Te pido perdón, Parkins —prosiguió Rogers—; no debería haber dicho eso. Olvidé que no te gusta la frivolidad sobre estos temas.

—Bueno —dijo Parkins—, ya que has sacado el asunto, reconozco sin reparos que no me gusta que se hable a la ligera de lo que tú llamas fantasmas. Un hombre en mi posición —continuó, alzando un poco la voz— no puede, lo compruebo, ser nunca lo bastante cuidadoso para no dar la impresión de sancionar las creencias al uso sobre semejantes materias. Como sabes, Rogers, o como deberías saber, pues creo que nunca he ocultado mis opiniones...

—No, desde luego que no, amigo mío —intercaló Rogers por lo bajo.

—... sostengo que cualquier viso, cualquier apariencia de concesión a la idea de que tales cosas pudieran existir equivale a una renuncia a todo cuanto tengo por más sagrado. Pero me temo que no he conseguido captar tu atención.

—«Tu entera atención» fue lo que dijo en realidad el doctor Blimber —interrumpió Rogers, con todas las trazas de un sincero afán de exactitud—. Pero te pido disculpas, Parkins: te estoy interrumpiendo.

—No, en absoluto —dijo Parkins—. No recuerdo a ningún Blimber; quizá fuera antes de mi época. Pero no hace falta que siga. Seguro que sabes a qué me refiero.

—Sí, sí —dijo Rogers con cierta prisa—, eso es. Ya lo trataremos a fondo en Burnstow, o donde sea.

Al reproducir el diálogo anterior he intentado transmitir la impresión que me causó: que Parkins tenía algo de vieja remilgada —algo de gallina clueca, tal vez, en sus pequeñas manías—; carente por completo, ¡ay!, de sentido del humor, pero al mismo tiempo intrépido y sincero en sus convicciones, y un hombre digno del mayor respeto. Haya colegido o no el lector otro tanto, ese era el carácter de Parkins.

Al día siguiente Parkins consiguió, como había esperado, escapar de su college y llegar a Burnstow. Fue bien acogido en la posada del Globo, quedó instalado sin contratiempos en la gran habitación de dos camas de la que ya hemos oído hablar, y pudo, antes de retirarse a descansar, disponer sus materiales de trabajo en perfecto orden sobre una amplia mesa que ocupaba el extremo exterior del cuarto y estaba rodeada por tres lados de ventanas que daban al mar; es decir, la ventana central miraba derecho hacia el mar, y las de la izquierda y la derecha dominaban sendas vistas a lo largo de la costa, hacia el norte y hacia el sur respectivamente. Al sur se veía la aldea de Burnstow. Al norte no había casas a la vista, sino solo la

playa y el bajo acantilado que la cerraba por detrás. Justo enfrente había una franja —no muy ancha— de hierba áspera, salpicada de viejas anclas, cabrestantes y demás; luego un camino ancho; luego la playa. Cualquiera que hubiese sido en origen la distancia entre la posada del Globo y el mar, no los separaban ya más de sesenta yardas.

El resto de la población de la posada era, naturalmente, golfista, y contaba con pocos elementos que merezcan descripción particular. La figura más llamativa era, quizá, la de un anciano militar, secretario de un club de Londres, dueño de una voz de increíble potencia y de opiniones de un marcado signo protestante. Estas solían encontrar expresión tras asistir a los oficios del vicario, un hombre estimable con inclinaciones hacia un ritual pintoresco, que reprimía gallardamente cuanto podía por deferencia a la tradición de Anglia Oriental.

El profesor Parkins, una de cuyas principales características era el arrojo, pasó la mayor parte del día siguiente a su llegada a Burnstow en lo que él había llamado mejorar su juego, en compañía del tal coronel Wilson; y durante la tarde —no sé a ciencia cierta si el proceso de mejora tuvo la culpa o no— el humor del coronel cobró unos tintes tan subidos que hasta Parkins se resistió a la idea de volver caminando a casa con él. Tras una mirada breve y furtiva a aquel bigote erizado y aquellas facciones encendidas, resolvió que sería más prudente dejar que los efectos del té y el tabaco hicieran lo que pudieran con el coronel antes de que la hora de la cena hiciera inevitable un encuentro.

«Podría volver esta noche a casa por la playa —reflexionó—; sí, y echar un vistazo (habrá luz suficiente para eso) a las ruinas de las que hablaba Disney. La verdad es que no sé bien dónde están; pero supongo que difícilmente podré dejar de tropezar con ellas.»

Y vaya si lo logró, puedo decirlo, en el sentido más literal, pues, mientras se abría paso desde el campo de golf hacia la playa de guijarros, el pie se le enganchó, en parte en una raíz de aulaga y en parte en una piedra de buen tamaño, y se fue al suelo. Cuando se

levantó y examinó sus alrededores, se encontró en un trecho de terreno algo accidentado, cubierto de pequeñas hondonadas y montículos. Estos últimos, al ir a examinarlos, resultaron ser simples masas de pedernal embutidas en mortero y cubiertas de hierba. Debía de estar, concluyó con todo acierto, sobre el emplazamiento de la encomienda que había prometido inspeccionar. No parecía improbable que recompensara la pala del explorador; probablemente quedaba suficiente de los cimientos a escasa profundidad como para arrojar bastante luz sobre la planta general. Recordaba vagamente que los templarios, a quienes había pertenecido este lugar, acostumbraban a construir iglesias de planta circular, y le pareció que cierta serie de los túmulos o montículos cercanos sí parecía disponerse en una suerte de forma circular. Pocos pueden resistir la tentación de probar un poco de investigación aficionada en un campo ajeno al suyo, aunque solo sea por la satisfacción de demostrar el éxito que habrían tenido de haberse dedicado en serio a ello. Nuestro catedrático, sin embargo, si bien sentía algo de este mezquino deseo, estaba también sinceramente deseoso de complacer a Mr. Disney. De modo que midió con cuidado, a pasos, la zona circular que había advertido, y anotó sus dimensiones aproximadas en su libreta. Luego procedió a examinar una elevación oblonga situada al este del centro del círculo, y que, a su entender, bien podía ser la base de una plataforma o de un altar. En uno de sus extremos, el septentrional, faltaba un trozo de césped, arrancado por algún muchacho u otra criatura feræ naturæ. Tal vez, pensó, no estuviera de más sondear aquí el suelo en busca de indicios de obra de fábrica, y sacó la navaja y empezó a raspar la tierra. Y entonces siguió otro pequeño descubrimiento: una porción de tierra se desprendió hacia dentro mientras raspaba y dejó al descubierto una pequeña cavidad. Encendió una cerilla tras otra para ver de qué naturaleza era el hueco, pero el viento pudo con todas. Dando golpecitos y rascando las paredes con la navaja, sin embargo, logró averiguar que debía de ser un hueco artificial en la mampostería. Era rectangular, y las paredes, el techo y el fondo, si no enlucidos, sí eran lisos y regulares. Por supuesto, estaba vacío. ¡No! Al retirar la navaja oyó un tintineo metálico, y, al introducir la

mano, esta dio con un objeto cilíndrico que yacía en el fondo del hueco. Como es lógico, lo cogió, y, cuando lo sacó a la luz, ya muy mortecina, pudo ver que también era obra del hombre: un tubo de metal de unas cuatro pulgadas de largo y, evidentemente, de bastante antigüedad.

Para cuando Parkins se hubo asegurado de que no había nada más en aquel extraño receptáculo, era demasiado tarde y estaba demasiado oscuro para pensar en emprender ningún otro registro. Lo que había hecho había resultado tan inesperadamente interesante que decidió sacrificar un poco más de la luz del día siguiente en aras de la arqueología. El objeto que ahora guardaba a buen recaudo en el bolsillo tenía que ser de algún valor, por pequeño que fuese; de eso estaba seguro.

Desolada y solemne era la vista a la que dirigió una última mirada antes de emprender el regreso. Una tenue luz amarilla por poniente iluminaba el campo de golf, sobre el cual aún se distinguían unas pocas figuras que caminaban hacia el club; la achaparrada torre Martello, las luces de la aldea de Aldsey, la pálida cinta de arena interrumpida a trechos por negros espigones de madera, el mar borroso y murmurante. El viento soplaba cortante del norte, pero lo llevaba a la espalda cuando puso rumbo al Globo. Atravesó con prisa, entre crujidos y chasquidos, el guijarral y alcanzó la arena, sobre la cual, salvo por los espigones que había que franquear cada pocas yardas, se caminaba bien y en silencio. Una última mirada atrás, para calcular la distancia recorrida desde que dejara la arruinada iglesia de los templarios, le mostró la perspectiva de compañía en su paseo, en la forma de un personaje más bien indistinto que parecía hacer grandes esfuerzos por alcanzarlo, pero que apenas avanzaba, si es que avanzaba algo. Quiero decir que había una apariencia de carrera en sus movimientos, pero que la distancia entre él y Parkins no parecía acortarse de manera apreciable. Así lo creyó Parkins, al menos, y concluyó que casi con seguridad no lo conocía, y que sería absurdo esperar a que llegara. Con todo, la compañía, empezó a pensar, sería muy de agradecer en aquella costa solitaria, siempre que uno pudiera elegir a su

acompañante. En sus tiempos de menos luces había leído sobre encuentros en lugares semejantes que ni siquiera ahora soportaban que uno pensara en ellos. Siguió pensando en ellos, no obstante, hasta llegar a casa, y en particular en uno que cautiva la imaginación de casi todos en algún momento de la infancia. «Y vi en mi sueño que Cristiano había recorrido apenas un breve trecho cuando vio venir a su encuentro, atravesando el campo, a un inmundado demonio.» «¿Qué haría yo ahora —pensó— si mirara atrás y divisara una figura negra recortada con nitidez contra el cielo amarillo, y viese que tenía cuernos y alas? Me pregunto si me quedaría plantado o echaría a correr. Por suerte, el caballero de atrás no es de esa clase, y parece estar más o menos tan lejos ahora como cuando lo vi por primera vez. Bueno, a este paso no cenará tan pronto como yo; y, ¡vaya por Dios!, ya falta un cuarto de hora para la hora. ¡Tengo que correr!»

Parkins tuvo, de hecho, muy poco tiempo para vestirse. Cuando se encontró con el coronel en la cena, la Paz —o cuanto de ella era capaz aquel caballero— reinaba de nuevo en el pecho militar; ni se vio puesta en fuga durante las horas de bridge que siguieron a la cena, pues Parkins era un jugador más que aceptable. Cuando, por tanto, se retiró hacia las doce, sintió que había empleado la velada de manera muy satisfactoria, y que, aun por un periodo tan largo como una quincena o tres semanas, la vida en el Globo sería soportable en condiciones semejantes; «especialmente —pensó—, si sigo mejorando mi juego».

Mientras recorría los pasillos, se cruzó con el mozo del Globo, que se detuvo y le dijo:

—Con su permiso, señor, pero, mientras le cepillaba la levita hace un momento, algo se le cayó del bolsillo. Se lo he dejado en la cómoda, señor, en su cuarto, señor; un trozo de pipa o algo así, señor. Gracias, señor. Lo encontrará en la cómoda, señor; sí, señor. Buenas noches, señor.

El parlamento sirvió para recordarle a Parkins su pequeño hallazgo de aquella tarde. Con considerable curiosidad le dio vueltas a la luz

de las velas. Era de bronce, vio ahora, y tenía una forma muy parecida a la de los modernos silbatos para perros; en realidad era —sí, sin duda lo era— ni más ni menos que un silbato. Se lo llevó a los labios, pero estaba completamente lleno de una arena o tierra fina y apelmazada que no cedía a los golpes y que había que aflojar con la navaja. Pulcro como siempre en sus costumbres, Parkins vació la tierra sobre un trozo de papel y llevó este a la ventana para vaciarlo fuera. La noche era clara y luminosa, según comprobó al abrir el ventanal, y se detuvo un instante a contemplar el mar y a reparar en un caminante rezagado apostado en la orilla, frente a la posada. Luego cerró la ventana, un poco sorprendido por lo tarde que trasnochaba la gente en Burnstow, y acercó de nuevo el silbato a la luz. ¡Vaya, sin duda tenía marcas, y no solo marcas, sino letras! Bastó frotar un poco para que la inscripción, profundamente grabada, resultara del todo legible, pero el catedrático hubo de confesar, tras meditarlo seriamente, que su significado le resultaba tan oscuro como a Baltasar la escritura en la pared. Había inscripciones tanto en el anverso como en el reverso del silbato. La una decía así:

FLA FUR BIS FLE

La otra:

QUIS EST ISTE QUI UENIT

«Debería ser capaz de descifrarlo —pensó—, pero supongo que tengo el latín algo oxidado. Ahora que lo pienso, no creo ni siquiera saber cómo se dice silbato. La larga sí parece bastante sencilla. Debe de significar: “¿Quién es este que viene?”. Bueno, está claro que la mejor manera de averiguarlo es llamarlo con un silbido.»

Sopló con cautela y se detuvo de golpe, sobresaltado y a la vez complacido por la nota que había arrancado. Tenía en sí una cualidad de infinita lejanía y, por suave que fuese, de algún modo sintió que debía de oírse a millas a la redonda. Era, además, un sonido que parecía tener el poder (que poseen muchos olores) de formar imágenes en la mente. Vio con toda claridad por un instante

la visión de una vasta extensión oscura en plena noche, con un viento fresco soplando, y en medio una figura solitaria; en qué ocupada, no habría sabido decirlo. Quizá habría visto más de no haberse roto la imagen por el súbito embate de una ráfaga de viento contra su ventana, tan súbito que le hizo alzar la vista, justo a tiempo de ver el blanco destello del ala de un ave marina en algún punto al otro lado de los cristales oscuros.

El sonido del silbato lo había fascinado de tal modo que no pudo evitar probarlo una vez más, esta vez con mayor atrevimiento. La nota fue poco, si acaso algo, más fuerte que antes, y la repetición rompió la ilusión: no siguió imagen alguna, como él había medio esperado que ocurriera. «Pero ¿qué es esto? ¡Cielos! ¡Qué fuerza puede cobrar el viento en unos pocos minutos! ¡Qué ráfaga tan tremenda! ¡Ahí está! ¡Ya sabía yo que el cierre de la ventana no servía de nada! ¡Ah!, lo que me temía: las dos velas apagadas. Es como para hacer pedazos la habitación.»

Lo primero era cerrar la ventana. Durante el tiempo que se tarda en contar hasta veinte, Parkins forcejeó con la pequeña hoja del ventanal, y se sintió casi como si estuviera empujando hacia atrás a un robusto ladrón, tan fuerte era la presión. Cedió de pronto, y la ventana se cerró de golpe y se aseguró sola. Ahora, a encender de nuevo las velas y ver qué daños, si los había, se habían producido. No, nada parecía fuera de su sitio; ni siquiera se había roto un cristal de la ventana. Pero el ruido había despertado, sin duda, al menos a un miembro de la casa: se oía al coronel dar pesadas pisadas, en calcetines, en el piso de arriba, refunfuñando.

Aunque se había levantado deprisa, el viento no amainó de inmediato. Siguió y siguió, gimiendo y precipitándose junto a la casa, alzándose a ratos en un alarido tan desolado que, como dijo Parkins desapasionadamente, podría haber hecho sentir muy incómoda a la gente fantasiosa; hasta los faltos de imaginación, pensó al cabo de un cuarto de hora, serían quizá más felices sin él.

Si fue el viento, o la emoción del golf, o la de las investigaciones en la encomienda lo que mantuvo despierto a Parkins, no lo tenía

claro. El caso es que permaneció despierto el tiempo suficiente para imaginar (cosa que, me temo, yo mismo hago a menudo en tales circunstancias) que era víctima de toda clase de dolencias mortales: se quedaba contando los latidos de su corazón, convencido de que iba a dejar de funcionar en cualquier momento, y albergaba graves sospechas sobre sus pulmones, su cerebro, su hígado, etcétera; sospechas que estaba seguro de que disiparía el regreso de la luz del día, pero que hasta entonces se negaban a apartarse. Encontró cierto consuelo vicario en la idea de que alguien más estaba en el mismo barco. Un vecino cercano (en la oscuridad no era fácil precisar de dónde venía) también se revolvía y crujía en su cama.

La etapa siguiente fue que Parkins cerró los ojos y resolvió dar al sueño todas las oportunidades. También aquí la sobreexcitación se manifestó de otra forma: la de crear imágenes. Experto crede: las imágenes sí acuden a los ojos cerrados de quien intenta dormir, y a menudo le agradan tan poco que ha de abrirlos para disiparlas.

La experiencia de Parkins en esta ocasión fue de lo más angustiosa. Descubrió que la imagen que se le presentaba era continua. Cuando abría los ojos, por supuesto, se desvanecía; pero, en cuanto volvía a cerrarlos, se componía de nuevo y se representaba otra vez, ni más deprisa ni más despacio que antes. Lo que veía era esto:

Una larga extensión de costa —guijarros bordeados de arena, interrumpidos a cortos intervalos por negros espigones que descendían hasta el agua—, una escena, en efecto, tan parecida a la de su paseo de la tarde que, a falta de cualquier punto de referencia, no podía distinguirse de ella. La luz era turbia, y transmitía la impresión de tormenta inminente, de atardecer invernal avanzado y de una leve lluvia fría. En este escenario desolado no se veía al principio actor alguno. Luego, a lo lejos, apareció un objeto negro que se bamboleaba; un instante más, y era un hombre que corría, saltaba, trepaba por los espigones y miraba ansiosamente hacia atrás cada pocos segundos. Cuanto más se acercaba, más evidente resultaba que no solo estaba angustiado, sino incluso

terriblemente asustado, aunque no se le distinguía el rostro. Estaba, además, casi al límite de sus fuerzas. Seguía avanzando; cada nuevo obstáculo parecía costarle más que el anterior. «¿Logrará pasar el siguiente? —pensó Parkins—; parece un poco más alto que los demás.» Sí; mitad trepando, mitad arrojándose, logró pasarlo y cayó hecho un ovillo al otro lado (el lado más cercano al espectador). Allí, como si de veras fuera incapaz de levantarse de nuevo, permaneció agazapado bajo el espigón, mirando hacia arriba en una actitud de penosa angustia.

Hasta entonces no se había mostrado causa alguna para el miedo del corredor; pero ahora empezaba a verse, allá en lo alto de la playa, un leve parpadeo de algo de color claro que se movía de un lado a otro con gran rapidez e irregularidad. Creciendo deprisa, también aquello se reveló como una figura mal definida, de pálidos ropajes ondeantes. Había algo en su movimiento que hacía a Parkins muy reacio a verla de cerca. Se detenía, alzaba los brazos, se inclinaba hacia la arena, luego corría encorvada por la playa hasta la orilla del agua y de vuelta; y después, irguiéndose, reanudaba de nuevo su avance a una velocidad sobrecogedora y aterradora. Llegó el momento en que el perseguidor merodeaba de izquierda a derecha apenas a unas yardas del espigón donde el corredor yacía escondido. Tras dos o tres rastreos infructuosos de acá para allá, se detuvo, se irguió con los brazos en alto y luego se lanzó en línea recta hacia el espigón.

Era en este punto donde Parkins fracasaba siempre en su propósito de mantener los ojos cerrados. Con muchos recelos acerca de una incipiente pérdida de vista, un cerebro sobrecargado, un exceso de tabaco y demás, acabó por resignarse a encender la vela, sacar un libro y pasar la noche en vela, antes que verse atormentado por este panorama persistente, que veía con bastante claridad no podía ser sino un morboso reflejo de su paseo y de sus pensamientos de aquel mismo día.

El raspar de la cerilla contra la caja y el fogonazo de luz debieron de sobresaltar a algunas criaturas de la noche —ratas o lo que

fueran— que oyó escabullirse por el suelo desde el costado de su cama, con gran susurro. ¡Vaya, vaya!, ¡la cerilla se ha apagado! ¡Pero qué inútil! Pero la segunda prendió mejor, y, como es debido, se hizo con una vela y un libro, sobre el cual Parkins se inclinó absorto hasta que le sobrevino un sueño de la clase saludable, y ello en no mucho rato. Por casi primera vez en su vida ordenada y prudente olvidó apagar la vela, y, cuando lo llamaron a la mañana siguiente a las ocho, aún quedaba una llamita temblando en el casquillo y un triste amasijo de cera derretida sobre la mesita.

Después del desayuno se hallaba en su cuarto, dando los últimos toques a su atuendo de golf —la fortuna le había vuelto a asignar al coronel como compañero— cuando entró una de las criadas.

—Disculpe —dijo—, ¿desearía alguna manta más en la cama, señor?

—¡Ah!, gracias —dijo Parkins—. Sí, creo que me vendría bien una. Parece que va a refrescar bastante.

Al poco rato la criada estaba de vuelta con la manta.

—¿En qué cama la pongo, señor? —preguntó.

—¿Cómo? Pues en esa, en la que dormí anoche —dijo, señalándola.

—¡Ah, sí! Le ruego me perdone, señor, pero parece que probó las dos; vamos, que esta mañana hubo que hacer las dos.

—¿De veras? ¡Qué cosa más absurda! —dijo Parkins—. Desde luego, yo no toqué la otra, salvo para dejar encima algunas cosas. ¿De verdad parecía que alguien hubiera dormido en ella?

—¡Ah, sí, señor! —dijo la criada—. Vaya, todo estaba arrugado y revuelto por todas partes, con su permiso, señor; igualito que si quien fuera no hubiese pasado sino una noche malísima, señor.

—Vaya por Dios —dijo Parkins—. Bueno, puede que la desordenara más de lo que creía al deshacer el equipaje. Lamento mucho haberles dado esa molestia de más, de veras. Por cierto,

espero pronto a un amigo —un caballero de Cambridge— que vendrá a ocuparla una noche o dos. Eso no será problema, supongo, ¿verdad?

—¡Ah, sí, claro, señor! Gracias, señor. No es ninguna molestia, se lo aseguro —dijo la criada, y se marchó a reír por lo bajo con sus compañeras.

Parkins partió, con la firme determinación de mejorar su juego. Me complace poder informar de que tuvo tal éxito en esta empresa que el coronel, que se había mostrado más bien quejoso ante la perspectiva de una segunda jornada de juego en su compañía, se volvió bastante locuaz a medida que avanzaba la mañana; y su voz retumbaba sobre las marismas, como también han dicho ciertos poetas menores nuestros, «cual gran bordón en la torre de una catedral».

—Qué viento más extraordinario el de anoche —dijo—. En mi tierra habríamos dicho que alguien lo había llamado silbando.

—¿Eso decían? —dijo Parkins—. ¿Sigue vigente una superstición así por su región?

—No sé si superstición —dijo el coronel—. Lo creen por toda Dinamarca y Noruega, y también en la costa de Yorkshire; y mi experiencia, fíjese, es que por lo común hay algo de fondo en lo que esta gente del campo sostiene, y ha sostenido durante generaciones. Pero le toca a usted la salida —o lo que fuera: el lector golfista habrá de imaginar las digresiones oportunas en los intervalos adecuados.

Cuando se reanudó la conversación, Parkins dijo, con leve titubeo:

—A propósito de lo que decía hace un momento, coronel, creo que debo decirle que mis propias opiniones sobre tales asuntos son muy firmes. Soy, de hecho, un incrédulo convencido en lo que se llama lo «sobrenatural».

—¡Cómo! —dijo el coronel—. ¿Pretende decirme que no cree en la doble vista, ni en los fantasmas, ni en nada por el estilo?

—En nada de esa índole —repuso Parkins con firmeza.

—Bueno —dijo el coronel—, pero, a ese paso, me parece, señor, que no debe de ser usted mucho mejor que un saduceo.

Parkins estuvo a punto de responder que, en su opinión, los saduceos eran las personas más sensatas de las que había leído en el Antiguo Testamento; pero, no muy seguro de si en aquella obra se los mencionaba mucho, prefirió quitarse de encima la acusación con una risa.

—Puede que lo sea —dijo—; pero... ¡Eh, muchacho, dame el hierro!... Discúlpeme un momento, coronel. —Un breve intervalo—. Ahora bien, en cuanto a eso de silbar para llamar al viento, permítame exponerle mi teoría. Las leyes que rigen los vientos no se conocen, en realidad, a la perfección; para los pescadores y gente así, desde luego, no se conocen en absoluto. A un hombre o una mujer de costumbres excéntricas, tal vez, o a un forastero, se le ve repetidamente en la playa a alguna hora insólita, y se le oye silbar. Poco después se levanta un viento violento; un hombre capaz de leer el cielo a la perfección, o que poseyera un barómetro, habría podido predecirlo. La gente sencilla de un pueblo de pescadores no tiene barómetros, sino solo unas cuantas reglas toscas para vaticinar el tiempo. ¿Qué hay más natural que el que se considere que el personaje excéntrico que he postulado ha levantado el viento, o que él o ella se aferre ávidamente a la fama de ser capaz de hacerlo? Veamos, tomemos el viento de anoche: da la casualidad de que yo mismo estaba silbando. Soplé un silbato dos veces, y el viento pareció acudir exactamente en respuesta a mi llamada. Si alguien me hubiera visto...

El auditorio se había mostrado un tanto inquieto durante esta perorata, y Parkins, me temo, había caído un poco en el tono de un conferenciante; pero, ante la última frase, el coronel se detuvo.

—¿Conque silbando, eh? —dijo—. ¿Y qué clase de silbato usó? Juegue antes este golpe. —Intervalo—.

—Sobre ese silbato por el que preguntaba, coronel. Es bastante curioso. Lo llevo en el... No; veo que lo he dejado en mi cuarto. La verdad es que lo encontré ayer.

Y entonces Parkins narró cómo había descubierto el silbato, al oír lo cual el coronel gruñó y opinó que, en el lugar de Parkins, él andaría con cuidado a la hora de usar una cosa que había pertenecido a una pandilla de papistas, de quienes, hablando en general, cabía afirmar que nunca se sabía lo que podían haber tramado. De este tema pasó a los desmanes del vicario, que el domingo anterior había anunciado que el viernes sería la festividad de Santo Tomás Apóstol, y que habría oficio a las once en la iglesia. Esto y otros procederes semejantes constituían, a juicio del coronel, una fuerte presunción de que el vicario era un papista encubierto, si no un jesuita; y Parkins, que no acertaba a seguir muy bien al coronel por estos derroteros, no lo contradijo. De hecho, se llevaron tan bien aquella mañana que ninguno de los dos habló de separarse después del almuerzo.

Ambos siguieron jugando bien durante la tarde, o, al menos, lo bastante bien como para hacerles olvidar todo lo demás hasta que la luz empezó a faltarles. Hasta entonces no recordó Parkins que se había propuesto investigar algo más en la encomienda; pero no tenía gran importancia, reflexionó. Un día era tan bueno como otro; lo mismo daba volver a casa con el coronel.

Al doblar la esquina de la casa, un muchacho que se abalanzó contra el coronel a toda velocidad estuvo a punto de derribarlo y luego, en vez de salir corriendo, siguió aferrado a él, jadeando. Las primeras palabras del guerrero fueron, naturalmente, de reproche e improperio, pero enseguida advirtió que el chico estaba casi mudo de espanto. Al principio las preguntas fueron inútiles. Cuando el chico recobró el aliento, rompió a berrear, y seguía agarrado a las piernas del coronel. Por fin lograron despegarlo, pero siguió berreando.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Qué has estado haciendo? ¿Qué has visto? —dijeron los dos hombres.

—¡Ay!, lo vi que me hacía señas dende la ventana —gimió el chico—, y no me gusta.

—¿Qué ventana? —dijo el coronel, irritado—. Vamos, serénate, muchacho.

—La de delante era, la del hotel —dijo el chico.

Llegado este punto, Parkins era partidario de mandar al chico a casa, pero el coronel se negó; quería llegar al fondo del asunto, dijo; era muy peligroso dar a un niño un susto como el que este se había llevado, y, si resultaba que alguien había estado gastando bromas, lo pagaría de algún modo. Y, mediante una serie de preguntas, reconstruyó la siguiente historia: el chico había estado jugando en la hierba de delante del Globo con otros; luego se habían ido a casa a merendar, y él estaba a punto de marcharse cuando, al levantar la vista hacia la ventana de delante, la vio hacerle señas. Parecía una figura de algún tipo, de blanco hasta donde él sabía; no le veía la cara; pero le hacía señas, y aquello no era cosa buena, por no decir que no era una persona como Dios manda. ¿Había luz en el cuarto? No, no se le ocurrió mirar si había luz. ¿Cuál era la ventana? ¿La de arriba del todo o la segunda? La segunda era, el ventanón grande que tié dos pequeñitas a los lados.

—Muy bien, muchacho —dijo el coronel, tras unas cuantas preguntas más—. Ahora vete corriendo a casa. Me imagino que sería alguien tratando de darte un susto. Otra vez, como buen muchacho inglés, le tiras una piedra... bueno, no, eso no exactamente, pero vas y hablas con el camarero, o con Mr. Simpson, el posadero, y... sí... les dices que yo te lo aconsejé.

El rostro del chico reflejó algo de la duda que sentía acerca de la probabilidad de que Mr. Simpson prestara oído favorable a su queja, pero el coronel no pareció advertirlo y prosiguió:

—Y aquí tienes seis peniques... no, veo que es un chelín... y ahora a casa, y no le des más vueltas.

El muchacho se alejó a toda prisa entre agitados agradecimientos, y el coronel y Parkins dieron la vuelta hasta la fachada del Globo

para reconocer el terreno. Solo había una ventana que respondiera a la descripción que habían oído.

—Vaya, qué curioso —dijo Parkins—; está claro que es mi ventana de la que hablaba el chaval. ¿Quiere subir un momento, coronel Wilson? Deberíamos poder ver si alguien se ha tomado libertades en mi cuarto.

Pronto estuvieron en el pasillo, y Parkins hizo ademán de abrir la puerta. Luego se detuvo y se palpó los bolsillos.

—Esto es más serio de lo que pensaba —fue su siguiente comentario—. Ahora recuerdo que, antes de salir esta mañana, cerré la puerta con llave. Sigue cerrada, y, lo que es más, aquí está la llave. —Y la levantó—. Bien —prosiguió—, si los criados tienen por costumbre entrar en el cuarto de uno durante el día, cuando uno está fuera, solo puedo decir que... en fin, que no lo apruebo en absoluto.

Consciente de lo flojo del remate, se afanó en abrir la puerta (que en efecto estaba cerrada con llave) y en encender las velas.

—No —dijo—, no parece que nada esté revuelto.

—Salvo su cama —terció el coronel.

—Perdone, esa no es mi cama —dijo Parkins—. Esa no la uso. Pero sí que parece que alguien ha estado haciendo travesuras con ella.

Y vaya si lo parecía: la ropa estaba amontonada y retorcida en la más tortuosa confusión. Parkins reflexionó.

—Tiene que ser eso —dijo al fin—: anoche desordené la ropa al deshacer el equipaje, y no la han hecho desde entonces. Quizá entraron a hacerla, y el chico los vio por la ventana; y luego los llamaron y cerraron la puerta con llave al salir. Sí, creo que tiene que ser eso.

—Pues llame y pregunte —dijo el coronel, y esto le pareció a Parkins una idea práctica.

Apareció la criada y, para abreviar, declaró que había hecho la cama por la mañana, cuando el caballero estaba en el cuarto, y que no había vuelto desde entonces. No, ella no tenía otra llave. Las llaves las guardaba Mr. Simpson; él sabría decirle al señor si alguien había subido.

Era un enigma. La investigación reveló que no se habían llevado nada de valor, y Parkins recordaba la disposición de los pequeños objetos sobre las mesas y demás lo bastante bien como para estar casi seguro de que nadie había hecho travesuras con ellos. Mr. y Mrs. Simpson coincidieron, además, en que ninguno de los dos había entregado la llave duplicada del cuarto a persona alguna durante el día. Ni pudo Parkins, hombre ecuánime como era, detectar en el comportamiento del dueño, la dueña o la criada nada que indicara culpa. Se inclinaba mucho más a pensar que el chico le había tomado el pelo al coronel.

Este último se mostró inusualmente callado y pensativo durante la cena y el resto de la velada. Cuando le dio las buenas noches a Parkins, murmuró con áspero tono de voz:

—Ya sabe dónde estoy si me necesita durante la noche.

—Pues sí, gracias, coronel Wilson, creo que sí; pero no es muy probable que tenga que molestarlo, espero. Por cierto —añadió—, ¿le enseñé aquel viejo silbato del que le hablé? Creo que no. Bueno, aquí está.

El coronel le dio vueltas con cautela a la luz de la vela.

—¿Saca usted algo en claro de la inscripción? —preguntó Parkins al recuperarlo.

—No, con esta luz no. ¿Qué piensa hacer con él?

—Pues, cuando vuelva a Cambridge, se lo mostraré a algunos de los arqueólogos de allí, a ver qué opinan; y muy probablemente, si lo consideran digno de conservarse, lo done a alguno de los museos.

—¡Mmm! —dijo el coronel—. Bueno, puede que tenga razón. Lo único que sé es que, si fuera mío, lo tiraría derecho al mar. De nada

sirve hablar, bien lo sé, pero supongo que con usted es cuestión de vivir para aprender. Eso espero, desde luego, y le deseo buenas noches.

Se dio la vuelta, dejando a Parkins con la palabra en la boca al pie de la escalera, y pronto cada uno estuvo en su propio dormitorio.

Por algún desafortunado azar, las ventanas del cuarto del catedrático no tenían ni persianas ni cortinas. La noche anterior apenas había reparado en ello, pero esta noche parecía muy probable que se alzase una luna brillante que daría de lleno en su cama y que seguramente lo despertaría más tarde. Cuando lo advirtió se fastidió bastante, pero, con un ingenio que no puedo sino envidiar, logró improvisar, con ayuda de una manta de viaje, unos imperdibles, y un bastón y un paraguas, un biombo que, con tal de que se mantuviera en pie, libraría por completo su cama de la luz de la luna. Y poco después estaba cómodamente en aquella cama. Cuando hubo leído una obra algo sesuda el tiempo suficiente para suscitar un firme deseo de dormir, echó una soñolienta mirada por el cuarto, apagó la vela de un soplo y se dejó caer sobre la almohada.

Debió de dormir profundamente una hora o más, cuando un súbito estrépito lo sacudió de la forma más inoportuna. Al momento comprendió lo ocurrido: su biombo, tan cuidadosamente construido, se había venido abajo, y una luna muy brillante y gélida le daba de lleno en la cara. Era de lo más molesto. ¿Podría levantarse y reconstruir el biombo? ¿O lograría dormir si no lo hacía? Durante unos minutos se quedó tumbado sopesando las posibilidades; luego se dio la vuelta bruscamente y, con los ojos muy abiertos, se quedó escuchando sin respirar. Había habido un movimiento, estaba seguro, en la cama vacía del lado opuesto del cuarto. Mañana haría que la cambiaran de sitio, pues debía de haber ratas o algo así correteando por ella. Ahora reinaba el silencio. ¡No! El alboroto comenzó de nuevo. Hubo un susurro y un temblor: sin duda más de lo que cualquier rata podría causar.

Puedo imaginarme algo del desconcierto y el horror del catedrático, pues yo mismo, en un sueño de hace treinta años, vi

suceder lo mismo; pero el lector difícilmente, quizá, alcanzará a imaginar lo espantoso que fue para él ver una figura incorporarse de pronto en lo que sabía que era una cama vacía. Saltó de su cama de un brinco y se precipitó hacia la ventana, donde estaba su única arma, el bastón con que había apuntalado el biombo. Esto fue, según se vio, lo peor que pudo haber hecho, porque el personaje de la cama vacía, con un súbito y suave movimiento, se deslizó fuera del lecho y se apostó, con los brazos extendidos, entre las dos camas y delante de la puerta. Parkins lo observaba en una horrible perplejidad. Por alguna razón, la idea de esquivarlo y escapar por la puerta le resultaba intolerable; no habría soportado —no sabía por qué— tocarlo; y, en cuanto a que aquello lo tocara a él, antes se arrojaría por la ventana que permitir que tal cosa ocurriese. Por el momento se mantenía en una franja de sombra oscura, y no había visto cómo era su rostro. Entonces empezó a moverse, en actitud encorvada, y de repente el espectador comprendió, con cierto horror y cierto alivio, que debía de estar ciego, pues parecía tantear a su alrededor con sus brazos embozados, a tientas y al azar. Volviéndose a medias de espaldas a él, cobró de pronto conciencia de la cama que él acababa de dejar, y se lanzó hacia ella, y se inclinó y palpó las almohadas de un modo que hizo estremecerse a Parkins como jamás en su vida había creído posible. En muy pocos instantes pareció saber que la cama estaba vacía, y entonces, avanzando hacia la zona de luz y de cara a la ventana, mostró por primera vez qué clase de cosa era.

Parkins, a quien le disgusta mucho que le pregunten por ello, describió en una ocasión algo de aquello en mi presencia, y deduje que lo que más recuerda es un rostro horrible, intensamente horrible, de lino arrugado. Qué expresión leyó en él no supo o no quiso decirlo, pero que el miedo que le inspiró estuvo a punto de enloquecerlo es seguro.

Pero no tuvo tiempo de contemplarlo mucho rato. Con formidable presteza se trasladó al centro del cuarto y, mientras tanteaba y agitaba los brazos, una punta de sus ropajes le rozó la cara a Parkins. No pudo —aunque sabía lo peligroso que era cualquier

sonido—, no pudo reprimir un grito de repugnancia, y esto dio al buscador una pista inmediata. Saltó hacia él al instante, y al momento siguiente él se encontraba medio descolgado por la ventana, de espaldas, lanzando grito tras grito con toda la fuerza de su voz, mientras el rostro de lino se apretaba contra el suyo. En ese instante, casi el último posible, llegó la salvación, como habrán adivinado: el coronel abrió la puerta de golpe y llegó justo a tiempo de ver el espantoso grupo junto a la ventana. Cuando alcanzó las figuras, solo quedaba una. Parkins se desplomó hacia delante, dentro del cuarto, en un desmayo, y ante él, en el suelo, yacía un revuelto montón de ropa de cama.

El coronel Wilson no hizo preguntas, sino que se ocupó de mantener a todos los demás fuera del cuarto y de devolver a Parkins a su cama; y él mismo, envuelto en una manta, ocupó la otra durante el resto de la noche. Temprano al día siguiente llegó Rogers, más bienvenido de lo que habría sido la víspera, y los tres celebraron una larguísima conferencia en el cuarto del catedrático. Al término de esta, el coronel salió por la puerta del hotel llevando un pequeño objeto entre el pulgar y el índice, que arrojó al mar tan lejos como un brazo muy fornido era capaz de lanzarlo. Más tarde, el humo de una hoguera se elevó desde las dependencias traseras del Globo.

Qué explicación exacta se improvisó para el personal y los huéspedes del hotel, debo confesar que no lo recuerdo. De algún modo se libró al catedrático de la fácil sospecha de delírium trémens, y al hotel de la fama de casa atormentada.

No hay mucha duda sobre lo que le habría ocurrido a Parkins si el coronel no hubiese intervenido cuando lo hizo. O bien se habría caído por la ventana, o bien habría perdido el juicio. Pero no resulta tan evidente qué más, aparte de asustar, podría haber hecho la criatura que acudió en respuesta al silbato. No parecía haber en ella absolutamente nada material salvo la ropa de cama con la que se había fabricado un cuerpo. El coronel, que recordaba un suceso no muy distinto en la India, era de la opinión de que, si Parkins hubiera trabado lucha con ella, en realidad poco habría podido hacer, y que

su único poder era el de asustar. Todo el asunto, dijo, venía a confirmar su opinión sobre la Iglesia de Roma.

En realidad no hay nada más que contar, pero, como pueden imaginar, las opiniones del catedrático sobre ciertos puntos son menos tajantes que antes. También sus nervios se han resentido: ni siquiera ahora puede ver un sobrepelliz colgado de una puerta sin inmutarse del todo, y la visión de un espantapájaros en un campo, ya tarde una tarde de invierno, le ha costado más de una noche en blanco.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB